

# NIETZSCHE

## VIDA DE UN SEDUCTOR

FERNANDO SAVATER

**E**L primero de los discursos de Zaratustra trata de las tres metamorfosis del espíritu. En primer lugar, el espíritu se transforma en camello: se arrodilla para ser cargado con lo más pesado y desagradable, se humilla, se esfuerza, cumple sus obligaciones, venera la tradición; es el momento del "Tú debes", la plena asimilación de la rigurosa moral protestante de Kant. El camello llega cargado con lo más pesado al desierto y allí se transforma en león. El león quiere ser dueño y señor de su desierto y se enfrenta con su último dios, con el amo que le carga tan pesadamente, con el deber. Frente al "Tú debes", el león proclama "Yo quiero". El deber argumenta que todos los valores están ya creados y que no cabe más que ser esforzado y respetuoso para con ellos: pero el león sospecha que pueden crearse valores nuevos y, aunque él no es todavía capaz de este crear, decide preparar, al menos, la libertad en la que advengan esos valores distintos. Es el momento de la crítica, del santo "no" frente a todos los valores establecidos, empezando por el deber mismo; la destrucción de la tradición, la puesta al descubierto de la genealogía de la moral, la rotura de todas las tablas axiológicas, la repulsa de lo más sagrado en todos los órdenes. Pero aún queda un tercer cambio del espíritu, una última transfiguración; el león no es capaz de crear porque su función es decir "no" y para dar libre juego al crear es preciso saber decir "sí". De este modo, el león tiene que convertirse todavía en niño, pues "inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí".

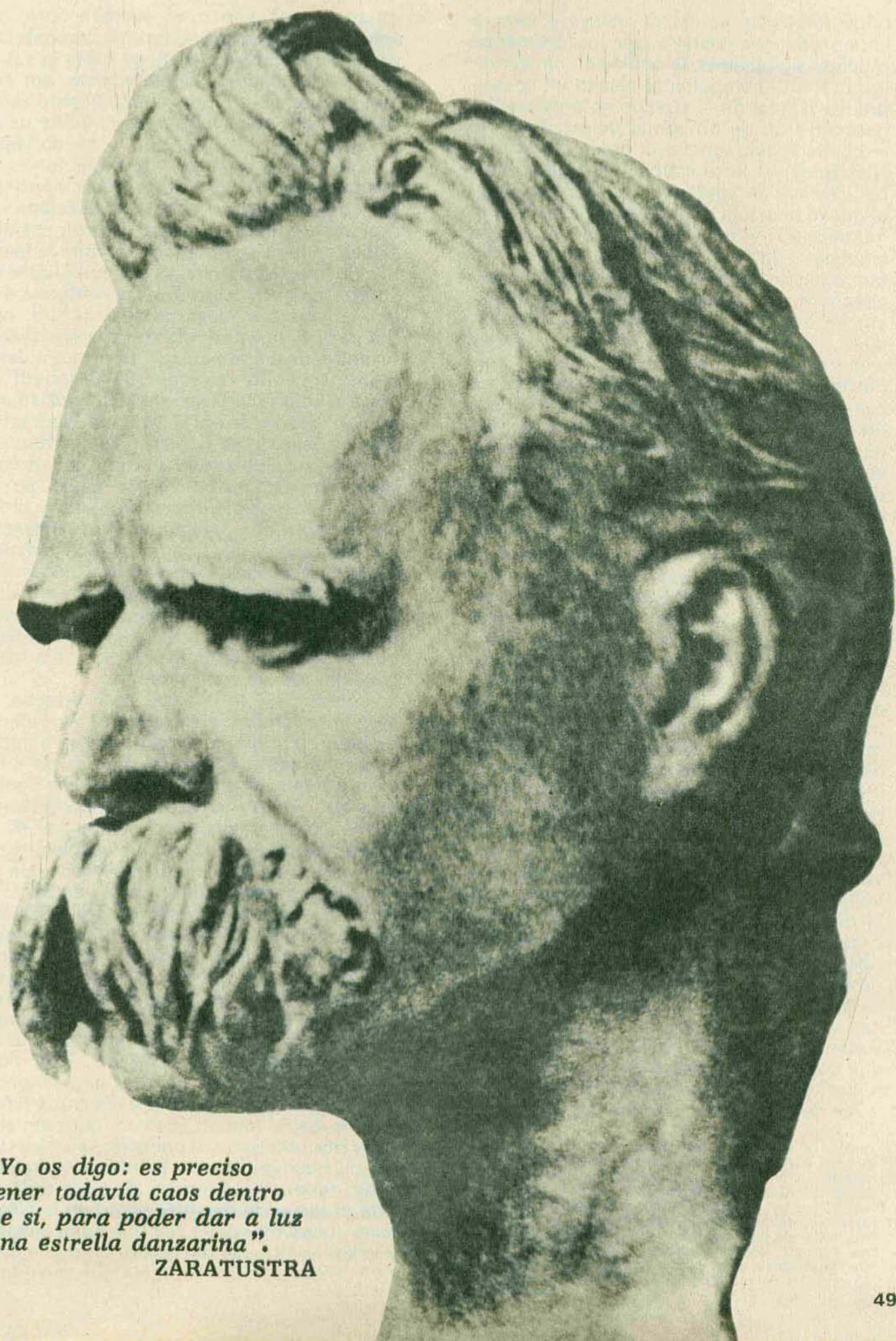
Estas tres transformaciones constituyen la fenomenología del espíritu según Nietzsche;

son también su propia biografía intelectual, tal como él la vio o la soñó, los avatares de su pensamiento poderoso, el más limpio y profundo de su siglo. Obviamente, se trata de un esquema para ayudar a pensar, un mito que debe ser entendido y gustado con piedad, no con fe: agarrarse a esas tres transformaciones al pie de la letra equivaldría a renunciar a comprender a Nietzsche, lo que, a fin de cuentas, quizá sea lo más cómodo. La vida de un pensador auténtico, como Nietzsche, está poblada de paisajes, mujeres, amigos, dolores, alegrías, obligaciones; pero está hecha esencialmente de pensamientos. Por eso, lo que presento a continuación no es una auténtica biografía de Nietzsche —este título, que yo sepa, sólo lo merece la tan espléndida de Klossowski (1)—, sino una especie de narración, un "collage" de anécdotas e ideas, sin más pretensión que dar al lector sensible el vislumbre del clima de una vida. Y es un clima de altas cumbres, de fríos glaciares azulados, de pureza solar en la aurora; allí danza, estremecido y estático, el gran seductor, que llama entre risas y cantos a sus compañeros a la alta morada de los dioses. ¿Pero acaso alguien le escucha? ¿Alguien puede escucharle? ¿Puede el mismo Nietzsche?...

### 1. EL CAMELLO

Friedrich Wilhelm Nietzsche nació el 15 de octubre de 1844 en Röcken, pequeña ciudad alemana de la Turingia. Su padre es el pastor protestante del lugar, Karl Ludwig Nietzsche, y tanto su abuelo paterno como el materno fueron pastores protestantes. Esa zona de la Turingia había tenido

(1) Pierre Klossowski, "Nietzsche y el círculo vicioso", Mercure de France-Selix y Barral.



*"Yo os digo: es preciso  
tener todavía caos dentro  
de sí, para poder dar a luz  
una estrella danzarina".*  
ZARATUSTRA

originariamente población eslava y, pese a haber sido conquistada por los germanos muchos siglos atrás, la población conservaba un fuerte componente eslavo en la sangre. La familia de Nietzsche se proclamaba descendiente de un conde polaco fugitivo, el conde Nickl, aunque la proclamación de Nietzsche en "Ecce Homo" (2), que afirmaba: "Yo soy un aristócrata polaco **pür säng**, al que ni una sola gota de sangre mala se le ha mezclado y, menos que ninguna, sangre alemana", debe cargarse más a cuenta del tan acusado **pathos** de la distancia nietzscheano que a la de la exactitud genealógica. Es improbable que Nietzsche descendiera de aristócratas polacos; pero es seguro que quería diferenciarse lo más posible del pueblo alemán, representados a sus ojos por su madre y su hermana. Cuando se piensa un poco el horror a lo alemán de Nietzsche, su mezclada afición a lo eslavo y lo mediterráneo, no deja de sorprender que doctrinas delirantemente nacionalistas hayan podido alguna vez reconocerle de cualquier modo como uno de los suyos. Cuando Nietzsche tenía dos años nació su hermana Elisabeth, que debía ser su compañera, amiga, confidente, verdugo, carcelera y, probablemente, amante. En modo alguno puede reducirse el papel de Elisabeth al de falsificadora de los papeles póstumos de su hermano, como unos eruditos excesivamente pagados de su labor —o sus transcritores a otras lenguas, de orgullo menos fundado— parecen creer. Si bien es cierto que manejó de modo excesivamente inescrupuloso y posesivo los papeles de su hermano y que no entendió su pensamiento más que en medida muy reducida, es no menos cierto que gracias a ella se han salvado, conservado y ordenado papeles cuyo volumen e importancia no es inferior al de la obra publicada de Nietzsche. En ciertos casos, fundamentalmente en el de la obra póstuma "La voluntad de poder", conjunto de aforismos y esbozos ordenados por ella, su labor puede ser discutible, pero es racional y, en gran medida, no desacertada; suponer que quien no ha entendido más que cuatro vulgaridades de "La voluntad de poder" en su ordenación tradicional va a ver la luz de la verdad al leer los fragmentos en

(2) La erudición suele perder parte de su misterioso encanto cuando revela sus fuentes, tal como a Sherlock Holmes le ocurría cuando explicaba sus asombrosas deducciones. La mía es tan modesta que me apresuro a levantar el velo y mostrar su mecanismo: los hechos de la vida de Nietzsche que menciona en este artículo salen del "Nietzsche devant ses contemporains", de G. Bianquis; de "Nietzsche, a biographical introduction", de Janko Lavrin; de la "Correspondencia de Nietzsche" y de su autobiografía, "Ecce Homo". Lo demás me lo he inventado yo, que es lo difícil.

orden cronológico o en cualquier otro, es una ilusión grotesca que el incompetente para el pensamiento se hace sobre sus propias posibilidades o finge hacerse, por exigencia comercial. Pero el papel importante de Elisabeth no se jugó tras la muerte de su hermano, sino durante la vida de éste. ¿Quién puede sondear hasta el fondo la pasión feroz y absorbente de la hermana por su hermano, en la que se mezclaban el orgullo, la ternura, el deseo y la compasión? ¿Quién puede comprender del todo la fascinación que Nietzsche sintió por Elisabeth, su aterrada atracción por esa Antígona a la que odiaba con desesperada dulzura, que fue para él la mujer eterna, la insoslayable realidad de lo femenino? Sería completamente ingenuo resolver que Elisabeth, la torpe e hitleriana Elisabeth, fue sencillamente una desdicha en la vida de Nietzsche, que, sin ella, él se hubiera casado, hubiera llevado una vida sexual normal (¿qué puede significar esto?), no habría caído en la locura y hubiese logrado completar y ordenar su obra personalmente. No: Nietzsche fue Nietzsche por su hermana, ella le ayudó a ver, le provocó a pensar. Dice Cioran que toda desdicha tiene su utilidad en el plano metafísico, como estimulador del intelecto; esto es tan cierto en el caso de Elisabeth que ni siquiera tenemos derecho alguno a considerarlo un mal necesario.

Volvamos a la infancia de Nietzsche. El ambiente familiar era piadoso y algo paca-to, pero no rigorista. El padre era un hombre dulce y amable, enfermizo, que murió a los treinta y seis años, cuando Nietzsche contaba cinco. Es el año 1849; al año siguiente, la familia se traslada a Naumburgo, en el Saale, donde Federico va a cursar sus estudios primarios y secundarios. Parece que no se adaptó demasiado bien a la vida bulliciosa de la escuela; su carácter era más bien serio y retraído. Es interesante hacer notar que aprendió muy tarde a hablar, como suele ocurrir a las personas que van a estar dotadas en el futuro de gran brillantez verbal. Su hermana cuenta de esos primeros años escolares: "En la escuela primaria se sentía completamente aislado. Este niño grave y reflexivo, de maneras dignas y corteses, parecía tan extraño a los otros niños que no había ningún acercamiento amistoso ni por una parte ni por otra, salvo en forma de hostigamiento". El mismo Nietzsche debió tener muy presente durante toda su vida el recuerdo de su seriedad en la niñez, pues acostumbraba a reír mucho al llegar a la edad adulta y le decía a su hermana que, en lo tocante a la risa, tenía que recuperar

el tiempo perdido. No faltan los detalles que muestran hasta qué punto era respetuoso de las ordenanzas recibidas y excesivamente circunspecto para su edad: cierto día, su madre y su hermana le esperaban a la salida del colegio bajo un fuerte aguacero; todos los niños de la clase salieron corriendo en busca de refugio; finalmente apareció él, caminando tranquilamente bajo la lluvia; su madre le gritó para que se apresurase, pero él no se inmutó y cuando, finalmente,

“Los descendientes de un aristócrata polaco no deben mentir —le decía—, eso es bueno para los otros”. ¡Los otros! ¡Siempre el mismo **pathos** de la distancia! Como al comienzo de “Ecce Homo”, cuando se ve obligado a pedir: “¡Sobre todo, no me confundáis con otros!”; y precisamente para no ser confundido escribe su autobiografía moral. En el año 1856, contando Nietzsche doce años de edad, comienza a sufrir fuertes dolores de cabeza, probablemente debi-



En 1865, Nietzsche se traslada a Leipzig —cuya Iglesia de Santo Tomás vemos en el grabado— para estudiar filología clásica con Ritschl, el máximo especialista de su época. Son años de gran entrega a estos estudios clásicos.

llegó junto a ellas les dijo que se les había ordenado que no salieran del colegio corriendo y saltando, sino caminando con compostura. No sé por qué esta imagen del Nietzsche niño caminando bajo el diluvio con perfecto respeto a su deber como escolar, me parece sumamente significativa y, de un modo extraño, conmovedora. Según se nos cuenta de aquellos días, Nietzsche era un niño muy religioso, cumpliendo sus obligaciones en este sentido con verdadero escrúpulo. Durante todo su período de escuela primaria, su unión con Elisabeth fue total; cumpliendo a la perfección su papel de hermano mayor, se ocupaba de ella, le señalaba lecturas y procuraba formar su carácter: le recomendaba el dominio de sí misma, y, sobre todo, la veracidad, a la que concedía gran importancia.

dos a trastornos de la vista. Estos dolores le durarán toda su vida, amargándole muchos buenos momentos y convirtiéndole la lectura y la escritura en un auténtico suplicio.

Al cumplir los quince años ingresa en la muy renombrada escuela de Pforta, para cursar en ella sus estudios secundarios. Toda su vida y su orientación intelectual posterior quedan marcadas por la sólida formación humanística que recibe en ese centro. Para quienes vivimos la devaluación de los estudios clásicos o su atasco en minucias de la letra e incomprendimientos del espíritu, es difícil imaginar las posibilidades intelectuales que una verdadera formación humanística abre a *quien se ve beneficiado* por ella. Nietzsche fue siempre *muy* consciente de esto, y la seriedad con que el latín y el griego se impartían en los centros

superiores de enseñanza de la Alemania de su época es lo único digno de estima que encuentra en ellos, según escribe en su clarividente texto "El porvenir de nuestros establecimientos de enseñanza". Nietzsche demostró gran capacidad para todas las materias, a excepción de las matemáticas, frente a las que mostraba una torpeza excesiva. Aumenta mucho su afición por la música, tanto como intérprete como compositor; tocaba el piano con una brillantez y sensibilidad notables, teniendo gran facilidad para improvisar. Wagner le elogió en este sentido alguna vez, diciéndole que era demasiado buen músico para ser profesor. Respecto a su carácter, hace esfuerzos por confraternizar con sus compañeros y por aliviar algo su rigorismo. Según el registro de castigos de la escuela, se le impone una sanción el 14 de abril de 1863 por haberse emborrachado con cerveza en la estación de Kösen, en compañía de un condiscípulo; el hecho no deja de ser curioso, porque durante toda su vida Nietzsche se mantuvo alejado del alcohol y del tabaco, mitad por decisión ética y mitad por intolerancia física. Sin embargo, la dignidad de su porte sigue imponiendo a sus compañeros, que en su presencia omiten toda broma grosera; le respetan, pero no se hace querer. Su mejor amigo, que lo sería durante toda su vida, es Paul Deussen, orientalista más tarde, cuya obra sobre el Vedanta sigue siendo clásica. Según su testimonio, Nietzsche no gozaba de excesiva popularidad, contribuyendo a ello su escaso interés y disposición para los deportes y ejercicios gimnásticos. Continuó padeciendo frecuentes jaquecas, e incluso fue enviado alguna vez a su casa a reponerse. La influencia intelectual más fuerte que debió experimentar en Pforta fue la del gran traductor de Platón, Steinhart, que fue profesor suyo. El más insigne de los antiplatónicos fue, esencialmente, un buen conocedor de Platón, comprendido según uno de sus intérpretes más destacados. Por esta época comienza a leer a Schopenhauer, su mentor filosófico más indudable y señalado. Para Nietzsche, la obra de Schopenhauer no puede reducirse a unos cuantos libros, sino a una experiencia intelectual vivida con singular profundidad y arrojo. Según su hermana, si Schopenhauer hubiese vivido todavía (murió en 1860), Nietzsche hubiese corrido a saludarle "como a un amigo, como a un padre". Aunque la originalidad y profundidad de Nietzsche son incomparablemente mayores que las del viejo rival de Hegel, no cabe duda de que éste abrió la brecha en el siste-

ma por la que penetró el viento demoledor de Zaratustra.

En 1864 acaba sus estudios secundarios en Pforta y se traslada a Bonn para estudiar en esa Universidad teología y filología clásica. Su madre todavía supone que se está preparando para ser pastor, como su padre y su abuelo. Acompañado de Deussen se inscribe en la asociación estudiantil Francoonia, en un esfuerzo por confraternizar con otros jóvenes, pero el resultado no es muy satisfactorio. Al año siguiente, en una dolorosa discusión, confiesa a su madre su decisión de abandonar los estudios de teología. No ha de ser pastor, sino filólogo, le dice; pero su destino será aún más extraño, pues no sólo ha de ser filólogo, sino también una rara suerte de pastor, y, además, adivino y profeta. En febrero de 1865 hace un viaje a Colonia, que le traerá graves consecuencias; solicita a un amigo la dirección de un restaurante y éste le proporciona la de un burdel. Así cuenta Paul Deussen lo que al día siguiente le confió Nietzsche: "Me encontré repentinamente —me dijo Nietzsche al día siguiente— rodeado de media docena de criaturas vestidas de gasa y de lentejuelas, que me miraban ávidamente. En principio quedé clavado en el sitio. Luego, avancé instintivamente hacia un piano que me pareció el único ser dotado de sentimientos de aquella compañía, y toqué algunos acordes. Disiparon mi estupor y pude salir de allí". Y concluye el excelente Deussen: "Según este relato y todo lo que sé de Nietzsche, creería gustoso que se le pueden aplicar las palabras que Steinhart nos dictaba en su biografía de Platón: **mulierem nunquam attingit**". Sin embargo, Nietzsche señalaba esta época como la de su infección sífilítica, que contribuyó a la locura de sus últimos años. No voy a discutir lo que nadie puede saber con certeza; como creo bastante poco en la materia, dudo que ninguna explicación fisiológica agote la alienación de Nietzsche. El aclaró un nuevo sentido de la racionalidad y de la locura; sucumbió en la lucha por pensar de otro modo. Lo importante de su visita al burdel de Colonia ha quedado en la canción de las hijas del desierto, de su Zaratustra, en la que expresa el deseo con insuperable acento:

**"Ahora estoy aquí sentado  
en este pequeñísimo oasis,  
semejante a un dátíl,  
moreno, lleno de dulzura, chorreando  
[oro, ávido**



Wagner vio en Nietzsche la posibilidad de recibir un respaldo teórico para su música. Así nació "El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música". La relación entre los dos hombres pasó de una admiración mutua a un abierto y confesado enfrentamiento.

de una redonda boca de muchacha,  
y, más aún, de helados  
níveos, cortantes, incisivos dientes  
de muchacha: por los que languidece  
el corazón de todos los ardientes dátiles.  
[Sela"]

Ese mismo año Nietzsche se trasladó a Leipzig para estudiar filología clásica con el máximo especialista de su época, Ritschl. Son años de gran entrega a los estudios clásicos; funda una Asociación Filológica, en la que da conferencias sobre temas humanísticos. En el verano de 1867 estrecha una gran amistad con el también filólogo Erwin Rohde, quien, sin dejarse influir mucho por Nietzsche en lo profundo ni entenderlo demasiado, conservó por él un vivo afecto hasta el fin de sus días. La incompreensión más radical, incluso el espanto por sus ideas, es una de las constantes que Nietzsche encontró en sus pocos amigos que lo fueron de verdad. Por esa época, hace su servicio militar en un regimiento de caballería, sufriendo una caída desde su montura, a la que también se atribuyen consecuencias en su parálisis posterior. Sobre sus ideas políticas de aquella época, anotemos esta opinión de Stroux, expresada en una carta de 1869: "Nietzsche no está, propiamente hablando, orientado hacia la política. Tiene, de forma

general y en grandes rasgos, simpatía por la grandeza creciente de Alemania, pero ninguna ternura por su forma prusiana; un gusto muy vivo, por el contrario, por un libre desarrollo cívico e intelectual". Nietzsche distaba mucho de ser un "reaccionario" en el sentido vulgar de la expresión (como lo fue Schopenhauer, en gran medida); en la "pequeña política", sus ideas eran liberales y casi progresistas; en la "grande", la comunidad experimental que imaginó, la primera sociedad del posmonoteísmo, no puede ser juzgada con los trillados esquemas de "derecha" e "izquierda" o cualquier otro maniqueísmo al uso.

El año 68 conoce a Ricardo Wagner. En él encuentra —o cree por un momento encontrar— a ese padre espiritual que la muerte de Schopenhauer le impidió tener; le convierte en su mentor y guía, le transforma en su ideal de "genio", en el sentido schopenhaueriano. Nietzsche añoraba aquel modelo de educación clásica, la *paideia* helena, de relación directa entre maestro y discípulo, educación que tenía más de iniciación que de aprendizaje. Basa en este ideal su relación con Wagner, con la importante y turbia mediación de la joven esposa del compositor, Cósima, la Ariadna de las últimas invocaciones arrebatadas del Nietzsche al borde de la locura. Los tres tejen una extraña danza que acompaña estimuladamente los primeros años creadores de Nietzsche y marcan profundamente su gusto musical; luego, la influencia seguiría ejerciéndose, pero **a rebours**, pues Nietzsche se definiría en gran medida **contra** Wagner. La carrera académica de Nietzsche no puede ser más brillante: su maestro Ritschl le recomienda a la Universidad de Basilea como una de las grandes promesas de la filología alemana: "Entre todas las jóvenes esperanzas que he visto desde hace treinta años crecer bajo mis ojos, no he visto ninguna que haya madurado tan rápido y tan pronto como este joven Nietzsche. Posee un envidiable don de exposición..., es un ídolo y el jefe de nuestros jóvenes filólogos de Leipzig, que se mueren por oírle enseñar. Vais a decir que es un fenómeno y lo es, en efecto...". A los veinticuatro años, sin título de doctor siquiera, Nietzsche es nombrado catedrático extraordinario de la Universidad de Basilea. No tolera reticencias de sus amigos respecto a este éxito fulgurante: está a punto de romper con Paul Deussen porque éste le envía una carta de felicitación en que se lamenta de su propia condición, comparándola con la de Nietzsche. Ese mismo

año, consecuente con su antigermanismo, abandona la ciudadanía alemana y se hace suizo. Sus clases comienzan con un curso sobre "Homero y la filología clásica"; son seguidas con auténtica expectación y gran éxito entre los alumnos. Es un profesor brillante, dedicado en sus clases casi por completo a traducir, sin especial atención a la morfología y la sintaxis. Es el **sentido** de la palabra lo que le interesa, la visión del mundo que subyace tras cada poeta o cada historiador. Sin embargo, algunas de sus conferencias preparatorias para lo que luego será el "Nacimiento de la tragedia" le ganan fama de extravagante y paradojista entre los filólogos profesionales. Insensiblemente, la cofradía académica comienza a olfatear que ese no es de los suyos. En estos años conoce a dos de sus mejores amigos: el historiador Jakob Burckhardt y el teólogo Franz Overbeck; este último y Lou von Salomé son, probablemente, las dos personas próximas a Nietzsche que mejor entendieron su pensamiento.

Alentado por Ricardo Wagner, que ve en él la posibilidad de recibir un respaldo teórico para su música, Nietzsche comienza a escribir un libro, cambiando frecuentemente de título y amplitud de tema. Parte de él lo piensa durante un permiso que solicita a la Universidad para intervenir, como enfermero voluntario, en la guerra franco-prusiana. El libro se titula, finalmente "**El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música**", designación que para nosotros presenta un doble sentido, pues con dicha obra nace, efectivamente, el pensamiento trágico de Federico Nietzsche. La obra aspira a dar una visión del espíritu griego que corrija la unllateralidad de la opinión habitual, que sólo resalta en él la armonía, la medida, la claridad; pues también hay un fondo oscuro, instintivo, caótico, pesimista, que tiene su expresión en la desgarradora respuesta de Sileno al rey que le pregunta qué es lo mejor para el hombre: "¿Lo mejor? No haber nacido; y después de eso, morir pronto". Dos principios se enfrentan y

**Nietzsche asistió a los primeros festivales de Bayreuth —cuyo teatro vemos en la foto—, que le decepcionaron profundamente. En ellos comenzó a ver la música de Wagner como nada dionisiaco y adormecedor de la inteligencia.**



complementan en el alma griega: frente a la medida y a la nítida delimitación de Apolo, dios de la luz, la desmesura y la embriaguez arrebatadora de Dionisos, dios de la danza y de las metamorfosis. El espíritu dionisiaco es decir "sí" a lo más duro y terrible de la vida, al dolor, a la muerte misma, el perpetuo perecer y regenerarse de la Naturaleza; en la danza dionisiaca se pierde la identidad, la responsabilidad, la claridad mental, que cotidianamente nos preservan del duro horror trágico de la existencia, y en la embriaguez de un febril intercambio de máscaras, el hombre acepta extáticamente, visceralmente, lo más terrible. La tragedia une estos dos principios, lo apolíneo y lo dionisiaco, en una visión que supera afirmativamente tanto el pesimismo como el optimismo ilustrado: por eso es el verdadero espectáculo absoluto, tal como modernamente lo concibe Ricardo Wagner. Sólo la música, unida a la danza y a los versos del canto, pueden proporcionar el éxtasis afirmativo que acepte plenamente incluso esos terrores que la claridad apolínea no se atreve a mirar de frente. La reacción contra el espíritu dionisiaco la representa Sócrates, cuyo racionalismo trata de matar la fuerza instintiva del "sí" a la vida, sin condiciones ni limitaciones. El racionalismo de Sócrates dará paso a la elección entre lo bueno y lo malo, el cuerpo y el alma, el deber y el placer, etc. En una palabra, es el comienzo del monoteísmo resentido contra la vida que tendrá su mejor exponente en el cristianismo. Todo Nietzsche está ya, a uno u otro nivel, en este primer libro, una de las obras más luminosas y ferozmente bellas de la cultura occidental; sólo el **Zaratustra** la supera entre las obras de Nietzsche y ni siquiera esa va más allá en profundidad de pensamiento, quizá porque **no se puede todavía** ir más allá... La obra suscitó un asombrado silencio a su alrededor, sólo roto, al cierto tiempo, por el entusiasmo de Ricardo Wagner, que se consideraba gran beneficiario de la obra, y de Erwin Rohde, quien, no sin dificultad, logró publicar un artículo periodístico de alabanza. Pero los filólogos académicos consideraron el libro como un insulto personal, y los enemigos del viejo Ritschl encontraron un excelente motivo para atacarle en la persona de su alumno favorito. Hermann Usener, autor de una importante obra sobre "El nombre de los dioses", dijo del libro que su autor "estaba científicamente muerto". Ulrich von Wilamowitz Möllendorf, que no había ocultado su inquina contra el pronto nombramiento de Nietzsche como catedrático, cali-



Habitualmente, ésta es la postura en que Nietzsche aparece en todos los grabados: mirada profunda al infinito, perfil del lado izquierdo, actitud meditativa...

ficándole de "nepotismo", publicó un panfleto de 32 páginas titulado "¡Filología del futuro!", en el que arremetía contra la obra, negándole todo valor científico, recusando la exactitud de sus datos y pidiendo a Nietzsche que se fuera con el tirso a pastorear panteras, como Dionisos, pero que no corrompiera intelectualmente a la juventud estudiosa de Alemania. Nietzsche no respondió personalmente a este ataque, aunque no es difícil imaginar lo que tuvo que dolerle a alguien tan susceptible como él; lo hizo en su lugar Erwin Rohde, que se enzarzó con Wilamowitz en una resonante polémica. Para entender esta disputa no basta concluir que "El nacimiento de la tragedia" era un libro de filosofía que fue tomado por todo el mundo como una obra de filología y juzgado como tal; lo que estaba en juego era, precisamente, la utilización de los recursos filológicos para algo que no fuese una simple charada académica, de esas que, como decía Voltaire, "se limitan a restituir mal una palabra de un texto que antes se entendía muy bien" (3). Nietzsche fue siempre —y lo tuvo a gala— buen filólogo, en el sentido de buscar en los orígenes de la lengua y la cultura, las interpretaciones más profundas de la enigmática raíz de

(3) Por cierto, que esta frase volterriana no sólo es válida frente a los filólogos académicos: también puede aplicarse a los empeñosos buscadores de folios perdidos y palabras tachadas que son las moscas del cadáver incorrupto de San Federico...



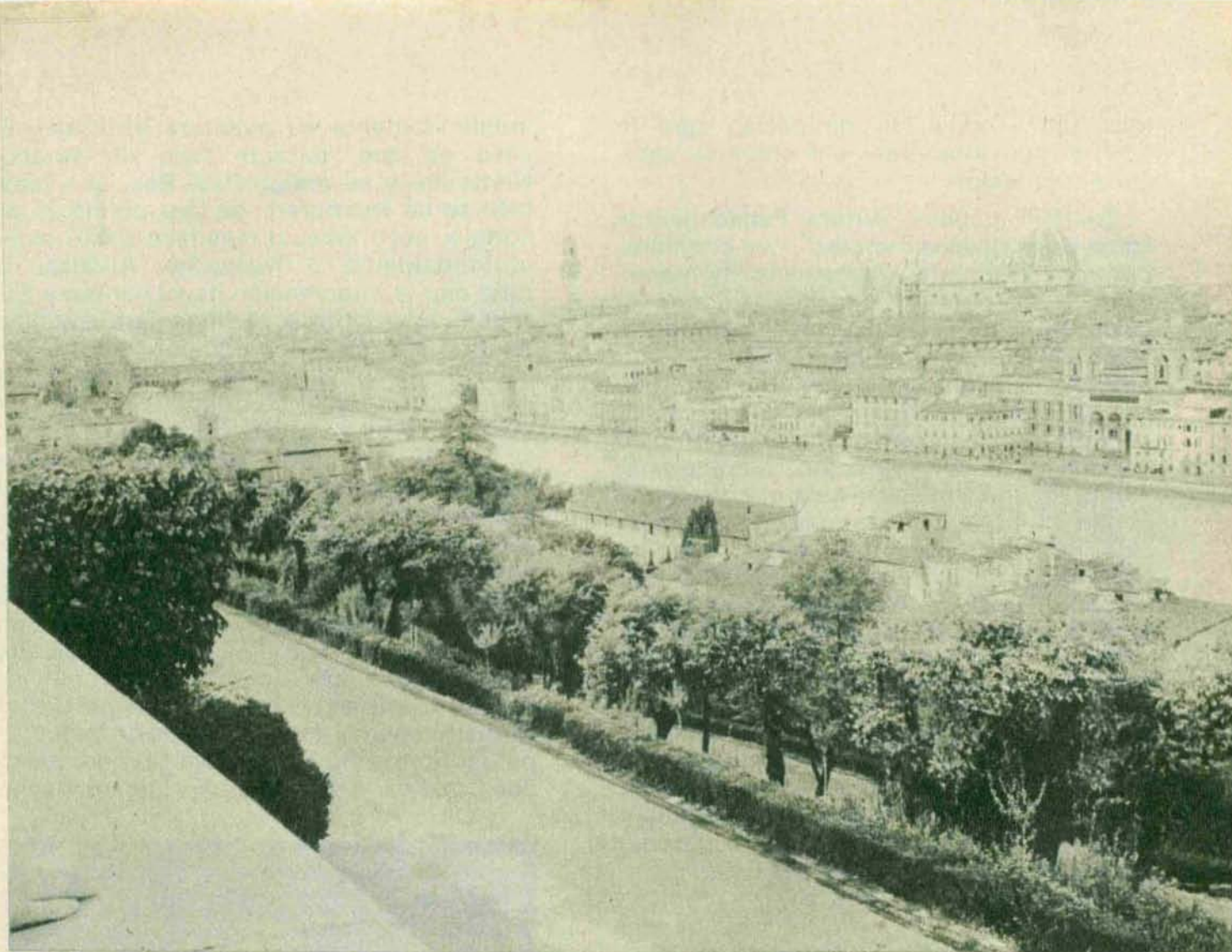
las creencias y los usos. Para él, ser filólogo era amar lo más profundo, lo originario, lo remoto: era estar capacitado para mirar cara a cara al enigma. Naturalmente, la tarea que se proponía la academia de su tiempo era notablemente menos estimulante y las infracciones contra la sacrosanta división del trabajo nunca dejan de ser castigadas: ¡ay de quien no logre calificar convenientemente sus obras, más allá de toda duda, como filosofía, poesía, ciencia o novela! No serán comprendidas o serán hostilizadas por todas las cofradías: libros como el "Lalia", de Agustín García Calvo son una muestra hoy y en este país. Lo cierto es que Nietzsche tuvo que suspender prácticamente sus clases al semestre siguiente porque los alumnos no acudían a escuchar a profesor tan sospechoso. Aunque todavía continuó su labor docente, con licencias temporales y altibajos, hasta 1879, puede decirse que su brillantísima y fulgurante carrera académica quedó hundida por su primera obra: escribió un libro demasiado bueno para que lo tolerase una Universidad. De este alejamiento vino una mayor entrega de Nietzsche a la filosofía, a su libre y pura tarea de escritor y de adivino.

## 2. EL LEON

La segunda obra de Nietzsche la constituyen cuatro escritos de mediana extensión, que fue publicando por separado entre los años 1873 y 1876. Tituló a estos escritos **Consideraciones intempestivas**, pues significaban una ruptura con los modos de pensar vigentes y "modernos". La primera de ellas, "David Strauss, el confesor y el escritor", arremetía contra uno de los santones del racionalismo positivista, que proponía una superación de la religión de raíz más o menos feurbachiana, en la que desaparecía el dogma de Cristo para ser sustituido por un "evangelio de cervecería" ("Ecce Homo"), que conservaba todos los rasgos de la moral monoteísta, diluidos por una bonachonería de buen burgués alemán. Strauss podía ser el modelo de esos ateos que se reían cuando el Frenético predicaba en la plaza pública la muerte de Dios, que ellos creían conocer de antiguo, cuando sus verdaderas implicaciones les habían escapado por completo. La segunda **intempestiva** lleva por título "Sobre la utilidad y desventaja de la ciencia histórica para la vida", y es un brillantísimo estudio crítico del historicismo en pleno triunfo en la época. Mientras que la ciencia no sabe aprehender las cosas más que según su devenir histó-

co y vive sometida a los mitos del progreso, de la modernidad, el arte o la religión intentan una visión suprahistórica, eterna, que rompa con la imagen del tiempo vigente. Sólo de una auténtica superación del tiempo puede venirle una revolución a la cultura, aunque sea a riesgo de trastocar toda su imagen vigente. Las dos siguientes intempestivas son dos apologías de sus ídolos Schopenhauer y Wagner, que le permiten atacar al sistema educativo y la filosofía académica, la primera, y la concepción de la música y del espectáculo musical, la segunda. Con un fulgurante talento crítico, Nietzsche zarandea las grandes veneraciones de su época: el progresismo religioso de los racionalistas, el historicismo positivista, la academia filosófica, el arte... Se enfrenta, sobre todo, con el mito de la modernidad y el progreso, orgullo y plaga de su tiempo —y del nuestro—. Entre tanto, su salud empeora alarmantemente. Asiste a los primeros festivales de Bayreuth, que le decepcionan profundamente. Comienza a ver en la música de Wagner un adormecedor de la inteligencia, que no colabora a devolverla el éxtasis dionisiaco, sino al letargo cristiano; años más tarde, el **Parsifal** confirmará esta opinión. En 1876 pasa el invierno en Sorrento, donde se entrevista por última vez con Ricardo Wagner; dos años más tarde romperá definitivamente con el matrimonio Wagner, con indecible desgarramiento. En todo caso, siempre que se refiere después en conversación a Wagner lo hará en términos de respeto y elogio a su talento. Escribe entre 1876 y 1878 la primera parte de **Humano, demasiado humano**, que acabará en 1880. Aquí inaugura su estilo aforístico, la escritura nerviosa, briosa, de trazos fuertes e incisivos: **inventa** la brevedad como arma contra el sistema. Utiliza los recursos de la más demoledora psicología para atacar al idealismo, a las bellas almas, a las sublimes ilusiones: todo lo que supuestamente pertenece al otro mundo; lo **demasiado** alto es simplemente humano, **demasiado** humano. La moral, la religión, los artistas, el Estado, la mujer, la cultura, el hombre en sociedad: en torno a ellos se han montado nubes de idealizador ensueño que los flechazos de Nietzsche desgarran implacablemente. Prosigue su tarea crítica, iniciada en las Intempestivas.

Su amigo Peter Gast —el músico Heinrich Köselitz— le presta inestimables servicios como amanuense y como ayuda en todos los sentidos, incluso como chico de los recados. La enfermedad le hace cada



Jubilado voluntariamente de la Universidad en 1879, Nietzsche vagabundeará desde entonces de un lado a otro de Europa. Y, muy especialmente, buscará en Italia (Florencia, de la que contemplamos una panorámica general, entre otras ciudades) el sol y el paisaje, el aire y el mar, que la odiada monotonía de Basilea no le proporcionaba.

vez más difícil valerse por sí mismo: jaquecas, dolores de ojos, vómitos constantes. Sin embargo, incluso estas dolencias tienen su lado útil, del que él es consciente. Después de todo, transformar la enfermedad en su provecho es el privilegio de la fuerza: "La enfermedad me proporcionó un derecho a dar la vuelta a todos mis hábitos por completo: me permitió olvidar, me **ordenó** olvidar; me hizo el regalo de **obligarme** a la quietud, al ocio, a esperar, a ser paciente..., ¡pero esto es lo que quiere decir pensar!... Mis ojos, por sí solos, pusieron fin a toda bibliomanía, hablando claro: a la filología: yo quedaba "redimido" del libro, durante años no leí nada, ¡el **máximo** beneficio que me he procurado!" ("Ecce Homo"). Desde entonces hasta el final de su vida lúcida, Nietzsche vagabundeará de un lado a otro por Europa. En 1879 se ha jubilado voluntariamente de la Universidad, que le concede una pensión; con ella y los réditos del patrimonio familiar (el beneficio de sus libros es prácticamente nulo) vivirá errante, en la estrechez más austera. Riva, Génova,

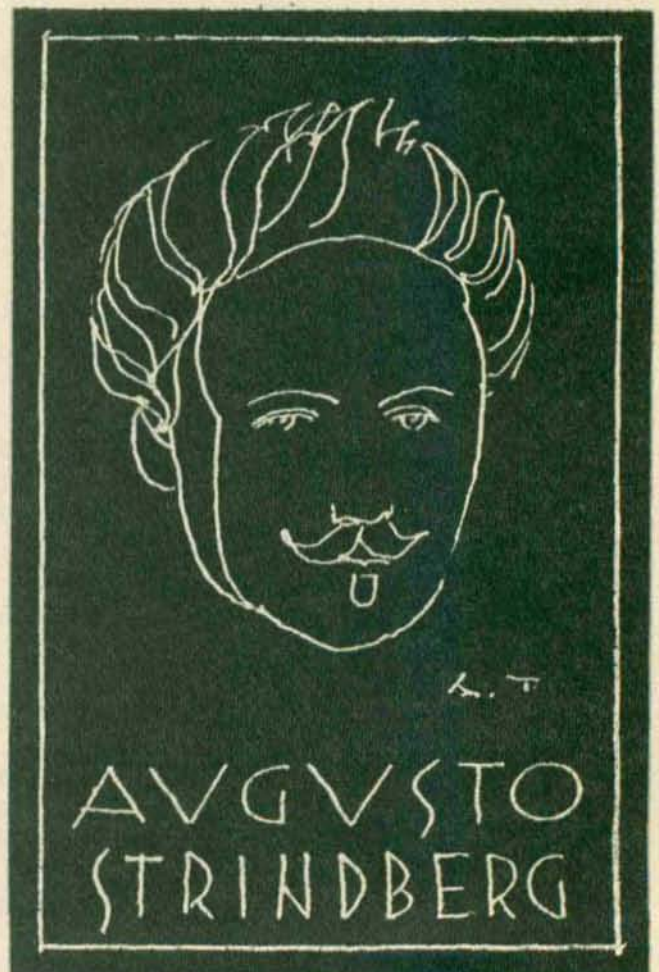
Sicilia, Rapallo, Niza, Sils-Maria, Turín..., etapas de un periplo laberíntico, en busca del sol, del aire puro de la montaña o de la orilla del mar, de un paisaje que borrarán de sus ojos fatigados la odiada monotonía de la ciudad. Vive en pequeñas pensiones, en modestos albergues de montaña; aterido de frío, a veces, en minúsculas habitaciones sin calefacción; luchando contra su mala vista, comiendo con absoluta frugalidad, sin vino, sin tabaco, sin mujeres, casi sin amigos, casi sin lectores, administrando con parsimonia su dinero, hasta el punto de encargar velas de la cera más barata a la dueña de su pensión —y la excelente mujer, bendita sea, le compraba otras más caras, poniendo de su dinero, porque le daban pena sus pobres ojos cansados... ¡En qué tristes condiciones se gestó una tan grande obra! ¿O quizá se gestó **merced** a ellas? Sería inútil entrar en detalles sobre tales desplazamientos: *conocer uno es conocerlos todos*. No hay anécdota **exterior** en la vida de Nietzsche: soledad, mala salud, vagabundeo, austeridad... todo repetido año

tras año. Todas las peripecias que le ocurren son interiores: ahí crece la sabiduría y la visión.

En 1881 publica "**Aurora. Pensamientos sobre los prejuicios morales**", que comparada con "Humano, demasiado humano" parece una obra más alegre y ligera. El estilo también es aforístico, dominando la ejecución de sus fragmentos con mayor maestría aún que en su anterior libro. Sus críticas contra la hipocresía de los sentimientos morales, contra el resentimiento de los predicadores de la virtud, van acompañadas de una implícita, alegre y petulante confianza en las fuerzas ascendentes de la vida, más poderosas que las que tratan de rebajarla y esclavizarla. De esa misma época son unas **Consideraciones sobre el presente y porvenir de los pueblos**, en las que critica al socialismo, aun reconociéndole como una gran fuente de energías espirituales; sin embargo, el trabajo le parece imprescindible para que las naturalezas más groseras no caigan en la desesperación. Hay que conservar las horas de trabajo por **piedad** para quien no sabría que hacer con su tiempo libre. Para Nietzsche, lo ideal sería la desaparición del Estado o, al menos, su paulatina reducción; su fundamental objeción a los socialistas es que terminarán por imponer un Estado "non plus ultra", que será el super-Estado del futuro. Sueña con poder ser autobastante, ser su propio Estado, y concluye: "Trataré de vivir, aún en la prisión, una vida más serena y más dignamente humana". El año 1882, en Roma, conoce a Lou von Salomé, mujer extraordinaria que le marcará profundamente. Lou era de una belleza tan fuera de lo común como su inteligencia; fascinó a hombres tan poco vulgares como Nietzsche, Freud, Tausk y Rilke... ¡todo un record! Su libro sobre Nietzsche hace una caracterización de él, tanto exterior como interior, que sorprende por su penetración y agudeza, dada la incompreensión que suscitaba la obra del gran solitario. Nietzsche pudo **hablar** con ella como nunca había hablado con ninguna mujer, quizá como nunca había hablado con nadie. Lógicamente, creyó haber encontrado la hermana de su alma, la compañera que necesitaba. Por dos veces la solicitó en matrimonio y por dos veces Lou von Salomé le hizo notar que le interesaba tanto como filósofo cuanto le repugnaba como hombre. Tenía Lou por Nietzsche cierta inclinación de psiquiatra: le miraba como un **caso**, aunque reconoció de inmediato su talento. Sin embargo, nunca se sintió tentada a compartir

indefinidamente su aventura espiritual. El caso es que, durante todo un verano, Nietzsche y su amigo Paul Ree, que también se ha enamorado de Lou, practican un cortejo, cuyo ridículo resultado debió doler profundamente a Nietzsche. Añádase a todo ello la intervención de su hermana Elisabeth, que sintió una inmediata rivalidad por Lou y luchó a su modo por no perder su ascendiente total sobre su hermano. La situación no debió contribuir a reponer los maltrechos nervios de Nietzsche.

En 1882 publicó Nietzsche "**La Gaya ciencia**", obra de suma importancia en su evolución intelectual porque marca la inclusión del tema del Eterno Retorno en su pensamiento. La primera esquematización del eterno retorno la realizó un año antes, en una célebre hoja de apuntes fechada "en Sils-Maria, a 6.000 pies sobre el nivel del mar y mucho más alto aún sobre todas las cosas humanas". No voy a pretender siguiera resumir aquí el alcance de la doctrina del Eterno Retorno de lo Idéntico. Baste decir que es el esfuerzo más intenso hecho



La correspondencia de Nietzsche con Strindberg pronto adquirió un tono de vértigo. El gran dramaturgo escandinavo era también un hombre atormentado.

en Occidente por recuperar el tiempo cíclico de los mitos y superar la linealidad del tiempo cristiano-monoteísta. Es el pensamiento trágico por excelencia; por un lado, nada es tan duro y terrible de aceptar como que todo ha de volver una y otra vez, no pudiendo ni liberarnos de la rueda del devenir ni progresar hasta conquistar un punto del que ya no se retroceda; por otro, esto nos obliga a aceptar cada instante de nuestra vida como poseyendo un valor eterno y a ser capaces de vivir de tal modo que podamos decir a cada momento **"da capo!"**, ¡otra vez, que retorne de nuevo! "La Gaya ciencia", también escrita aforísticamente, trata ampliamente del tema de la moral, considerada como un enmascaramiento superfetatorio del hombre instintivo; es preciso volver al texto originario del "homo natura", aplastado y cubierto por la capa de las interpretaciones, devolverlo a su plenitud de fuerza ascendente. La obra imagina que llega el momento de una sabiduría alegre, desprovista de los severos ropones de la moral y de la ciencia mono-teísta; pero para alcanzar esa ligereza de pensamiento es preciso admitir lo más terrible, pues el hombre religioso vive refugiado en la creación, que le acompaña, pero "nosotros, los impíos, somos los que hemos inventado la soledad". "La Gaya ciencia" es un admirable esfuerzo por entender el sentido auténtico de la "muerte de Dios", el significado del ateísmo moderno, más allá de las vulgaridades cientifistas o de los "evangelios de cervecería" tipo Strauss. En esta obra, Nietzsche llega a su plenitud: ha llegado la hora de la sombra más corta, se acerca Zarathustra en la luz del mediodía. **Incipit tragoedia.**

En "La Gaya ciencia", el eterno retorno no es más que un pensamiento esbozado, que un demonio susurra al oído (frg. 341), dejando estremecido y confuso a quien le escucha. En el fragmento siguiente aparece por primera vez Zarathustra, en lo alto de su montaña, dirigiéndose con una invocación al Sol y disponiéndose a descender. Más tarde sabremos que es precisamente la doctrina de Eterno Retorno lo que Zarathustra lleva en su pecho cuando baja de la montaña, aunque aún deba digerirla, asimilarla plenamente. A últimos del mes de enero de 1883, en Rapallo, se le impone a Nietzsche la figura de Zarathustra, como contrapartida mítica de su propio papel filosófico. En su poema "Portofino" describe así el momento de esta revelación fundamental:



Lee Nietzsche a Dostoyevsky en 1887. En el novelista ruso encuentra su misma problematización del cristianismo, idéntica radicalidad en el esfuerzo por pensar a qué puede parecerse el hombre sin Dios.

**"Aquí estaba yo sentado, aguardando, aguardando —a nada, más allá del bien y del mal, disfrutando ya de la luz, ya de la sombra, siendo totalmente sólo juego totalmente mar, totalmente mediodía, totalmente tiempo sin meta. Entonces, de repente, ¡amiga!, el que era uno se convirtió en dos— y Zarathustra pasó a mi lado".**

En los diez primeros días de febrero de ese año, Nietzsche escribía la primera parte de "Así habló Zarathustra"; envía el manuscrito corregido a su editor el día 14, y en esa misma fecha se entera por un periódico genovés de la muerte de Wagner en Venecia. Los tres libros restantes que componen la obra los concluyó en los dos años siguientes, escribiendo cada parte de un tirón y en un tiempo notablemente corto, como la primera entrega. Las tres primeras partes, editadas por separado, no despertaron el más mínimo interés público. Como hubiese roto con su editor, el propio Nietzsche debió costear la edición de la cuarta parte, con un tirada de tan sólo cuarenta ejemplares. Pero sus amigos eran aún menos: sólo encontró siete personas en el mundo a las que enviarles su libro y quizá ninguna se molestó en leerlo completo. "Así habló Zarathustra" es una de esas obras, ni que decir tiene que escasas, que

justifican por sí solas toda una cultura. En abierta lucha con el estilo filosófico imperante desde la Edad Media hasta su tiempo, abstracto y discursivo, Nietzsche inventa una nueva forma de expresar el pensamiento, más cerca de los libros sagrados de la Humanidad que del tratado científico; no hay libro más riguroso ni más enigmático, nadie ha logrado conservar tan unidos por íntima y necesaria vinculación el lirismo, la demoledora profecía y la mayor profundidad especulativa. En esta obra se brinda la primera —y última, por el momento— alternativa teórica al monoteísmo dualista —bien y mal, vida y muerte...—, a la verdad única de cristianos y positivistas científicos, a la concepción lineal y moral del tiempo, a la razón unidimensional que había triunfado en Occidente. Tachada de "irracional" por un racionalismo que se había mutilado de la adivinación y el mito, la obra maestra de Nietzsche es un deslumbrante esfuerzo por ser cuerdo fuera del Sistema, por conservar la razón fuera de la triunfante Razón monoteísta cuyo máximo exponente se halla en la "Gran Lógica" de Hegel. No puede imaginarse mayor tarea intelectual ni esfuerzo más prodigioso por devolver al hombre al jardín perdido, sin renunciar a la manzana de la sabiduría ni admitir la culpabilidad del gesto que la conquistó. Las riquezas de esta obra desafían cualquier resumen, pues el estilo mismo con que está escrita es su mensaje fundamental. Expuestos de la manera abstracta en que normalmente se hace, los cuatro temas convencionalmente señalados en el libro —1) El superhombre. 2) La muerte de Dios. 3) La voluntad de poder. 4) El eterno retorno de lo idéntico— carecen de significado y son arbitrarios o absurdos. La **necesidad** de lo dicho por Zaratustra se encuentra a otro nivel de lectura, que corresponde a una escritura diferente de la información o el adoctrinamiento. Lo que se intenta pensar son las implicaciones más radicales de una **comunidad perfecta** de seres inteligentes tan espléndidamente fuertes en lo espiritual que pudiesen prescindir de la denigración de este mundo como base de la virtud y la dicha más noble. Lo que Nietzsche proporciona no es tanto un **qué**, sino un **cómo**; no hay que leerle como otro proporcionador de temas teóricos, sino más bien como el replanteador desde una insólita perspectiva de temas clásicos o, mejor, de los **únicos** temas posibles de pensamiento.

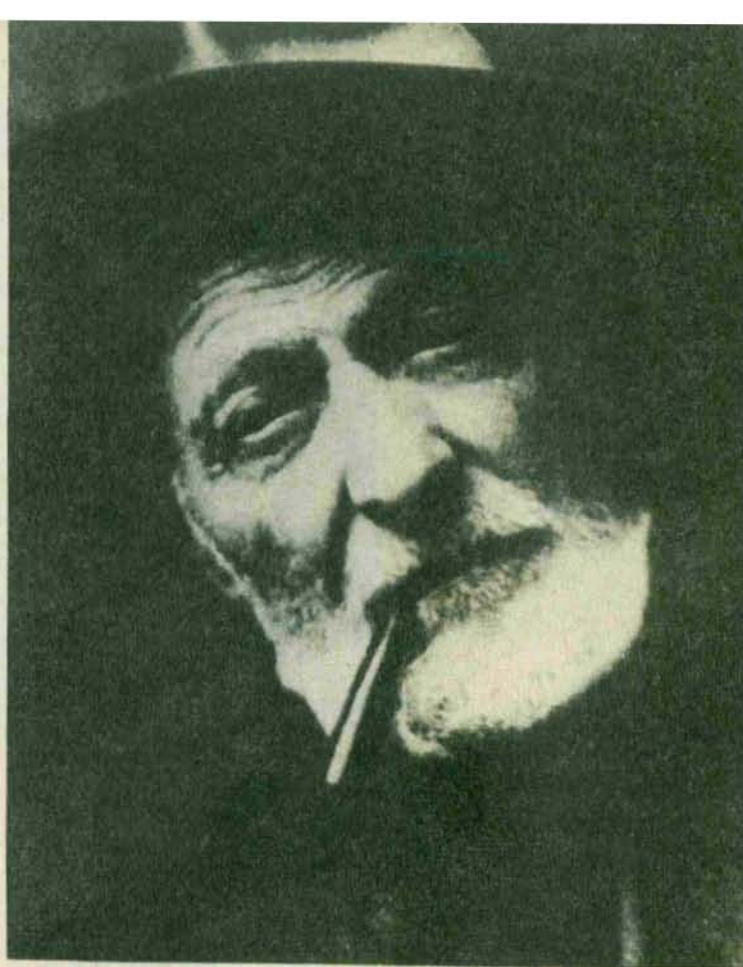
La soledad de Nietzsche y su mala salud se acentúan: Lou se ha ido definitivamente y, de lejos, le comunica su compromiso

matrimonial con el doctor Andrés; su hermana Elisabeth se casa con Förster, una especie de siniestro plantador-negrero, al que Nietzsche detesta por su antisemitismo (4), y le sigue a su plantación en Paraguay. Nietzsche continúa su vagabundeo por Italia (Floencia, Venecia, Génova...), volviendo casi todos los veranos a su retiro de Sils-Maria, en la Alta Engadina. Sus dolores de cabeza, abatimientos nerviosos y trastornos gástricos son prácticamente constantes; son tanto más desdichados cuanto que Nietzsche no es un pensador de gabinete, sino un peripatético que necesita salir a caminar al aire libre para poder pensar de modo satisfactorio, lo cual no siempre puede hacer por su estado físico; como escribió en "Ecce Homo": "**Estar sentado** el menor tiempo posible; no prestar fe a ningún pensamiento que no haya nacido al aire libre y pudiendo nosotros movernos con libertad —a ningún pensamiento en el cual no celebren una fiesta también los músculos—. Todos los prejuicios proceden de los intestinos. La carne sedentaria —ya lo he dicho en otra ocasión— es el auténtico **pecado** contra el espíritu santo". En 1886 publica a su costa "**Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro**", en el que desarrolla muchos de los temas que había planteado por primera vez en "Humano, demasiado humano", pero desde la perspectiva abierta por Zaratustra. El tono de ambas obras no puede ser más distinto, pues "Más allá..." retoma y acentúa el tono de sarcasmo destructivo que campeaba ya en las "Intempestivas" y en "Humano...", abandonando concienzudamente el exaltamiento lírico de "Zaratustra", como si quisiese evitar que las "almas bellas" tomaran exclusivamente los momentos "bonitos y poéticos" de su mensaje, olvidando la terrible exigencia crítica que había planteado en él. Este mirar la misma cosa desde tres ángulos distintos —el de "Humano...", el de "Zaratustra" y el de "Más allá..."— es característico de la ambición de Nietzsche de no confinarse nunca en una sola voz, prefiriendo la multiplicidad de máscaras y estilos al **tono** definitivo de quien se instala de golpe y para siempre en la **verdad única**, que es, fundamentalmente, una verdad de estilo, de esclerotización del estilo, de renuncia a la refulgente diversidad del estilo. El año 1887, Nietzsche lee por primera vez a Dostoyevsky; es difícil calcular la enorme emo-

(4) Los chicos del PENS que quieren ver en las librerías las obras de Nietzsche son la esencia misma de ese espíritu teutón, militarista, estatista y antisemita, que es lo que Nietzsche más detestó en su vida. Deberían pensarlo y buscarse otro santo patrono...

ción que debió causarle leer las "Memorias del subsuelo" o "Demonios". En el novelista ruso encontró su misma problematización del cristiano, idéntica radicalidad en el esfuerzo por pensar a qué puede parecerse el auténtico hombre sin Dios.

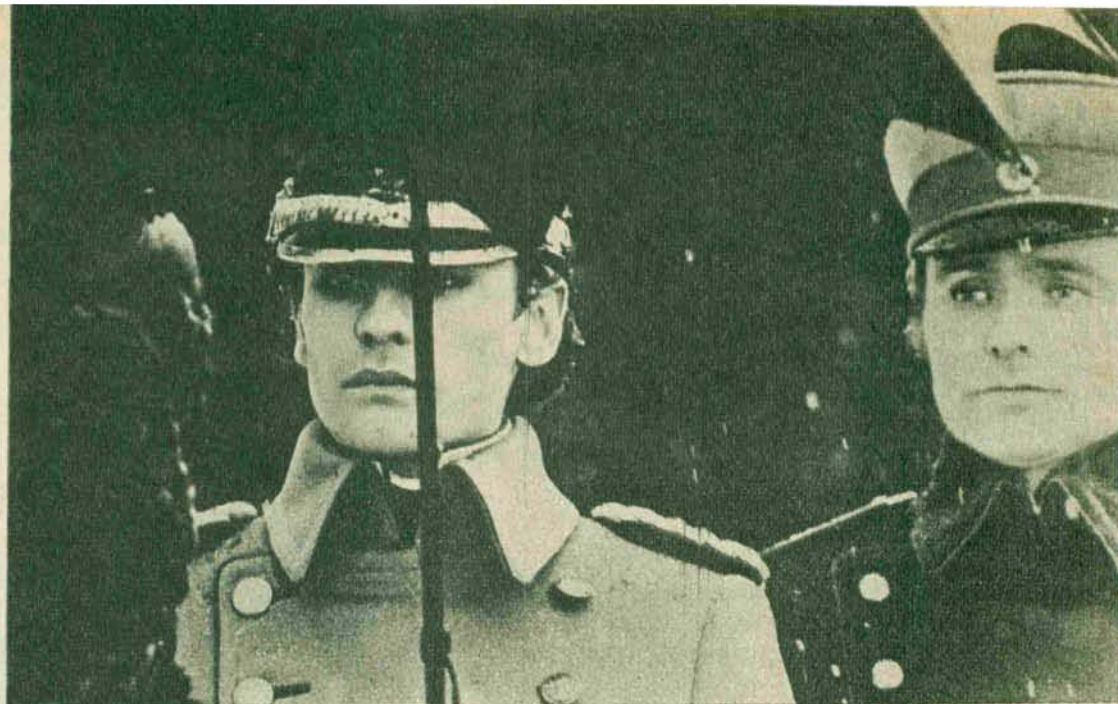
Nietzsche vive su eterna vida de huésped de pensión económica. En la mesa, cuando su salud se lo permite, charla con encanto de pequeñas cosas ingeniosas con ancianas señoras o púdicas señoritas de balneario, a las que desaconseja la lectura de sus libros. El ateísmo le parecía monstruoso en una mujer, a pesar de que Lou no era precisamente religiosa..., ¿pero acaso era Lou **realmente** una mujer? Empezaba su correspondencia con August Strindberg, que pronto adquiere un tono de vértigo, de perdición. En 1888, escribe sin descanso y acaba dos escritos contra Wagner, "**El caso Wagner**" y "**Nietzsche contra Wagner**"; unos poemas, los "**Ditirambos de Dionisos**"; dos ensayos de exasperación polémica y anticristiana, "**El crepúsculo de los ídolos**" y "**El Anticristo**", y una autobiografía, "**Ecce Homo**". Varias de estas obras ya no serán publicadas durante su vida lúcida. Es el último esfuerzo por decirlo todo, por saldar todas las cuentas con el cristianismo. El año anterior, 1887, ha publicado su libro más **sólido**, desde un punto de vista académico: "**La genealogía de la moral**". Aquí, renunciando al aforismo y al fragmento, Nietzsche estudia de modo analítico y sostenido los planteamientos morales del monoteísmo cristiano, remontándose con implacable agudeza interpretativa a los orígenes mismos de la moral. Su estudio de la contraposición "bueno-malo" puede considerarse como una nueva lectura de la dialéctica "señor-siervo" de la "Fenomenología del Espíritu" hegeliana. La moral no es sino la expresión del resentimiento de la debilidad contra las fuerzas ascendentes de la vida, representadas en las virtudes que los antiguos "nobles" se exigían a sí mismos; frente a ellas, el cristianismo instaura el dominio de la decadencia, la denostación de la vida y la compasión rencorosa. Se anuncia una ruptura de las viejas tablas de valores y su necesaria transvaloración, su inversión de signo. Su estudio sobre la culpa, entendida como "deuda" que el cristianismo terminó por convertir en infinita, es un prodigio de interpretación lograda. No menos interesante es su análisis de la figura ascética del sacerdote, hombre fuerte en el rebaño de los débiles, a los que lleva por el ronzal, ya que éstos son incapaces de imaginar ideal más alto ni mejor. En esta obra se



Quizá de haber elaborado Freud unos años antes su teoría del psicoanálisis, Nietzsche no se habría visto sumergido en su estado de locura. Pero lo que sí hará el médico vienés es corroborar, desde otro ángulo, el planteamiento revolucionario del tema ético efectuado por Nietzsche en "**La genealogía de la moral**".

halla el primer replanteamiento sustantivamente revolucionario del tema ético, que luego Marx y Freud corroborarán desde ángulos muy distintos, aunque en ningún caso vayan más lejos que Nietzsche. Las dos obras posteriores, "**El crepúsculo...**" y "**El Anticristo**", están destinadas "a los menos, a los que comprendan mi **Zaratustra**. Quizá no haya nacido todavía ninguno de ellos". La condena del monoteísmo cristiano y de su rencorosa moral de débiles, condenadora del goce sexual, de la energía de la vida, etcétera, alcanza su punto más álgido: "A la Historia Sagrada se la llamará con el nombre que merece: historia **maldita**; las palabras 'Dios', 'salvador', 'redentor', 'santo', se las empleará como insultos, como divisas para criminales". Lo más odioso para Nietzsche es el "cristiano moderno", inficionado de esas otras formas de monoteísmo que son la ciencia y el estatismo socialista; frente a él, ha llegado el momento de profetizar el hombre nuevo, el limpio, cruel e inocente superhombre que no necesitará un Dios y otra vida, sino azar y el pleno goce de los frutos de la tierra... En una palabra, Nietzsche anuncia el retorno de los dioses muchos, de la perfecta y amoral

Paralelamente a Nietzsche, Luis II de Baviera edificó su mundo romántico y apasionado, espectacular y sincero. Visconti reconstruyó la trayectoria del monarca en su "Ludwig".



comunidad olímpica, pero purificada por la profunda experiencia del nihilismo monoteísta. Febril de actividad, embalado, inquietable, Nietzsche planea nuevas obras... pero acaba su autobiográfico "Ecce Homo" como queriendo cerrar definitivamente su trayectoria: "Conozco mi suerte. Alguna vez irá unido mi nombre al recuerdo de algo gigantesco —de una crisis como jamás la había conocido la Tierra, de la más profunda colisión de conciencia, de una decisión tomada, mediante conjuro, **contra** todo lo que hasta ese momento se había creído, exigido, santificado. Ya no soy un hombre, soy dinamita". "Ecce Homo" se cierra con la proclamación del combate entre Dionisos y el Crucificado; la autobiografía había comenzado con una frase enigmática: "Como preveo que dentro de poco tendré que dirigirme a la Humanidad presentándole la más grave exigencia que jamás se le haya hecho...". ¿Cuál era tal exigencia? Algo que ya no podía plantearse a nivel especulativo...

### 3. ¿EL NIÑO?

A finales de 1888, Federico Nietzsche vive días exaltantes en la ciudad de Turín. Todo le entusiasma: la ciudad, por cuyas calles gusta pasearse, sin añorar el campo, la **trattoria**, en la que come la mejor comida a bajo precio, la excelente cocina piemontesa, la gente que encuentra en los comercios y que le mira con simpatía, la viejecita que le vende uvas dulces y le rebaja el precio... Nadie le toma por alemán, lo cual aumenta su alegría. Además, sus últimos escritos, sobre todo el "Ecce Homo", le han dejado sumamente satisfecho. Son momentos de plenitud, de afirmación sin reservas. Pasea por la calle vestido con su bata de estudian-

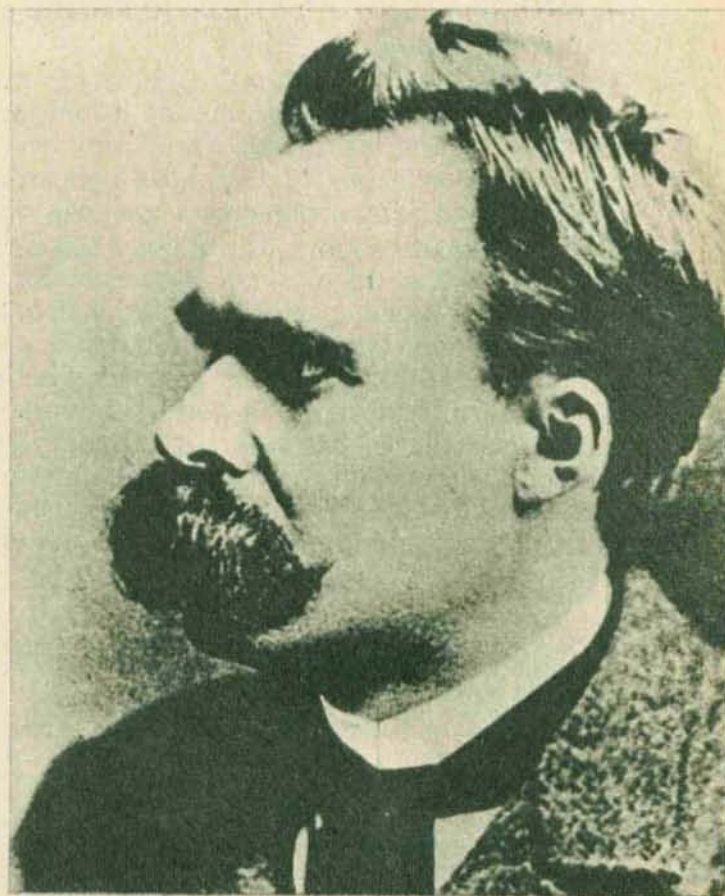
te, palmeando alegremente en el hombro a los viandantes, mientras les revela su nominación: "**Siamo contenti? son dio, ho fatto questa caricatura...**". Es la mañana, el día comienza, se acerca el gran mediodía, el momento de la sombra más corta, de la aceptación de la sombra... Cuenta David Fino que por la tarde tocaba durante horas el piano, y la hija de Fino, que era músico, reconoció al compositor que más interpretaba: Wagner. Incontenible, contradictoria, se abre paso una gran piedad para con el hermano animal: en el café Turín que frecuentaba, entablilla la pata rota a un perrillo accidentado, vendándole con su pañuelo; se abraza llorando al cuello de un viejo caballo de tiro, incapaz de continuar su camino en la noche lluviosa, pese a los latigazos del cochero. Su inmensa alegría, la plenitud de su gozo, vista desde fuera, por los otros, es la imagen misma de la tristeza: todos los que le ven en esa época hablan de él como de un hombre taciturno, solitario, infinitamente melancólico. ¿Será posible que nadie pueda reconocer la dicha, a menos de compartirla? Escribe cartas y postales extrañamente jubilosas, enigmáticamente triunfales... A Peter Gast: "Mi maestro Pietro: Cántame una nueva balada; el mundo se ha oscurecido y todos los cielos se regocijan en ello". Firma: El Crucificado. A Georg Brandes, su descubridor danés: "¡Al amigo Georg! Después de haberme descubierto, no significa gran cosa encontrarme: lo difícil, ahora, es perderme...". A Jakob Burckhardt: "Esta fue la pequeña broma con la que me justifica el tedio de haber creado un mundo (...). Yo, junto con Ariadna, sólo tengo que ser el equilibrio dorado de todas las cosas...". Y firma: Dionisos. Bajo la misma rúbrica, escribe a Cósima Wagner: "Ariadna, te

quiero". Comunica sus últimas disposiciones: convoca en Roma un congreso de casas reinantes europeas, con exclusión de los Hohenzollern; escribe a su querido hijo el Rey Umberto de Italia y a su no menos querido hijo Mariani, cardenal secretario de Estado del Vaticano; decide "fusilar al Emperador alemán y a todos los antisemitas"; se apresta a ocupar el lugar vacante del antiguo Dios, después de la deserción de éste... ¿Es la locura? ¿No hay acaso una férrea coherencia con el resto de sus producciones? Más razón tienen quienes rechazan toda su obra por loco que quienes redimen a Nietzsche de sus últimos escritos, de sus consignas definitivas. Bebe dos o tres garrafas de agua diarias; se cae en la calle y debe ser llevado por los transeúntes a su pensión: improvisa un estremecedor "Oratorio" al piano, que asusta al vecindario. Es el comienzo del final: Burckhardt, al recibir su última carta, avisa alarmado a Overbeck. Este fiel amigo se traslada a Turín el 8 de mayo de 1889, a la Piazza Carlo Alberto. Encuentra a Nietzsche acurrucado en un sillón, con las pruebas del "Nietzsche contra Wagner" en la mano. Es internado en una clínica de Basilea, con el diagnóstico de "reblandecimiento cerebral" y "parálisis progresiva". Su madre se lo lleva a Jena, a la clínica del doctor Biswanger: Nietzsche tiene cuarenta y cinco años: jamás volverá a pasear libremente por sus amados espacios abiertos, por la fría y pura montaña de la Alta Engadina, por la cálida orilla del mar, en la que el último rayo de sol poniente hace que el pescador más humilde reme con remos de oro... Europa comienza a descubrir su obra; Peter Gast y su hermana se hacen cargo de sus obras completas. Trasladado de Jena a Naumburgo, de Naumburgo a Weimar, Nietzsche continúa inconexo, divagatorio, exultante o mortalmente triste. Grita, gestícula, se derrumba: frecuentemente no reconoce a nadie. Se le intentan aplicar extraños remedios, drogas exóticas o la terapia por controversia del sospechoso doctor Langbehn. Freud acaba de escribir su ensayo sobre Charcot y la histeria, pero aún no ha inventado el psicoanálisis. La parálisis avanza, el estado general del paciente empeora. Está bajo la vigilancia primero de su madre y luego, tras la muerte de ésta, bajo la exclusiva protección de su hermana Elisabeth. Hay momentos de desgarradora emoción, como éste contado por Gabriela Reuter: "Kögel nos leía, con su voz joven y viril, vibrante de emoción, **El Anticristo**, todavía manuscrito.

Y cuando se callaba un momento, oíamos salir de la habitación vecina —sin nuestro acompañamiento de ese himno heroico plebético de audacia y de insolencia, lleno de la sangrante ironía con la que un poderoso espíritu demolía los altares levantados por la piedad de los siglos— un sordo gruñido, un rugido parecido al de una bestia cautiva. Era Nietzsche, enfermo y confinado, que había olvidado toda la obra ante la que nos inclinábamos temblorosos. Y, sin embargo, aún vivía".

El día 25 de agosto de 1900, a las puertas de un siglo que le convertiría en bandera y en martillo, tras once años de ese estado enigmático que llamamos "locura", una apoplejía acabó con la vida de Federico Nietzsche. Su hermana Elisabeth, en cuyos brazos murió, describe su muerte con las palabras empleadas años atrás por Nietzsche para describir la muerte de Zaratustra: "Movié los labios y los cerró, como si tuviera aún algo que decir y vacilase. Y los que le veían creyeron discernir en su rostro un vago rubor". Dice Elisabeth que su última mirada fue "solemne e interrogadora".

■ F. S.



"Conozco mi suerte. Alguna vez irá unido mi nombre al recuerdo de algo gigantesco, de una crisis como jamás la había conocido la tierra... Yo no soy un hombre, soy dinamita", escribió Nietzsche en "Ecce Homo".